



Hildegart y Aurora Rodríguez, las protagonistas del drama que se recoge en estas páginas. Las relaciones entre ambas distaban mucho de ser las habituales entre hija y madre. Esta última había querido que Hildegart fuese un prodigio intelectual y no ahorró ningún medio en conseguirlo. La incipiente rebeldía de la muchacha desencadenó una tragedia cuyos ecos han llegado hasta nuestros días.



Un parricidio intelectual en 1933

La muerte de la “Virgen roja”

Gabriel Coca Medina

*Entre todas las experiencias humanas,
la de Hildegart*

—la «Virgen Roja»—

brilla en mi recuerdo

*igual que si fuera una pupila insomne,
la impresión óptica de un martirio
inconcebible y un holocausto
sangriento ofrendado a la más
insensata egolatría.*

Se me ha hecho inolvidable

a pesar de todo... de todo

lo que ahora no puedo contar.

A Hildegart y a su madre,

doña Aurora Rodríguez,

las veía con cierta frecuencia

en los mítines, las conferencias

y las reuniones culturales

que se celebraban en Madrid

desde el comienzo de la década de 1930,

y como no hay nada tan natural

como que una madre vaya con su hija

nadie atribuía al hecho

nada extraordinario. Pero por la

repetición inalterable de la

doble imagen, uno se enteraba por

constatación maquinal de que

Hildegart iba siempre en compañía de

su madre, aunque sin poder sospechar

que ese siempre constituía un valor

determinante de rango absoluto.

Nunca nadie había visto a Hildegart sin que a su vera apareciera el rostro severo y firme, expresivo de un claro signo de inteligencia y voluntad, característico de la presencia de doña Aurora. Ambas eran de regular estatura, tipos macizos, sólidos y muy ágiles, sin que ningún parecido revelara su primer grado de parentesco. La madre poseía el efluvio magnético de un espíritu férreo e imperativo. Gracias a su posición económica se veía en ella la desenvoltura social de la mujer que nunca ha necesitado nada de nadie, por lo cual prescindía de muchas inhibiciones convencionales. Muchas veces me la imaginaba como la diosa soberbia, aunque tenía a gala su protección hacia los humildes y descarriados, y pensaba yo si fue por humildad o por imperio fugaz cómo recabó de un hombre misterioso la cooperación sexual precisa para concebir a Hildegart en su seno. En toda su barriada desarrollaba una activa labor para que no maltrataran a los perros ni a los gatos, y socorría largamente a las infelices mujeres llamadas de la vida que caían en enfermedad o desgracia.

Ante una mujer de este calibre, que parecía regir su circunstancia, a Hildegart la veía yo como una figura frágil y vaporosa, sombra de la madre por el matemático rigor de obediencia que se genera en la sombra respecto al cuerpo. Hildegart, modosa, anticoqueta, tenía el hechizo intrigante de una adolescente tan recargada en sus rasgos que inspiraba la idea de que para siempre se iba a quedar en ese papel. Entre madre e hija existía el voto ceremonial y sacro de la propia concepción de Hildegart, que había sido criada en el supuesto irreversible de que ella no era un ser femenino, ni mujer ni hombre sino neutro, y este condicionamiento presumía un destino común para ambas. En las reuniones, de vez en cuando doña Aurora decía algunas palabras quedas a Hildegart, y cuando Hildegart tenía que levantarse y salir de la estancia por cualquier motivo, se lo decía a su madre, porque ésta había de darle escolta siempre, fuera adonde fuera. También me parecía extraña la preferencia que mostraban ambas por vestirse con ropas de tonos enlutados, inductores de la existencia de un duelo o voto promisorio, que me recordaba a mí la ropilla negra de los Austrias. Conocer a Hildegart pesaba lo suyo en mi espíritu, pues siempre saltaba a mi mente el veto hiperbólico puesto a la doncella: Hildegart nunca había hablado a solas con un hombre, ya que su madre jamás la perdía de vista, y excepcionalmente yo tuve una ocasión de hablarle sin testigos durante más de mi-

nuto y medio, pero no me dio idea alguna de meterme en libros de caballería.

Doña Aurora cubría y desbordaba el horizonte de Hildegart a modo de una presencia de infinitud, generada por un principio de génesis que podría inscribirse en lo anales bíblicos, donde consta el trueno del ordenancismo dogmático y la cólera de rabias indescriptibles. Empeñada en meterse a todo trance en la superselecta galería de los creadores de titanes, a Hildegart la fabricó en su vientre ni más ni menos que como el instrumento idóneo pre-



Bajo la pupila de su madre, eternamente a su lado, Hildegart fue creciendo como un animal de laboratorio, desprovista de cualquier valor afectivo y sensible. Eso sí, desde muy pronto dejó asombrados a sus profesores con su increíble caudal de cultura y ciencia.

ciso para dominar y regir a través de ella a toda la sociedad española. Así se impondría a la sociedad y le haría pasar por el aro de unos quiméricos esquemas estructurales de socialismo utópico, creando el edificio idílico de la Arcadia feliz.

EL TERRIBLE CAUTIVERIO HIPNOTICO

Conocía a Hildegart y a su madre por el muy superficial trato usual en las concentraciones sociales, cuando se saluda y se estrecha la mano de personas con las cuales no existe amistad. De esos encuentros fortuitos brotaba una impresión muy sugestiva, porque Hildegart era una guapa adolescente aureolada de fama por su talento prodigioso. Con dispensa

de edad para sus estudios, estaba en posesión de los títulos de licenciada en Derecho y en Filosofía y Letras, diplomada en inglés, francés y alemán, estudiante de Medicina y autoridad erudita en no sé cuántas cosas más. Recuerdo algunos mítines en que ella actuó de oradora, y aún hoy, cuarenta y siete años después, experimento una gran retentiva auditiva y me recreo en el propio acento que salía de sus labios. A despecho de la expectación que se producía entre el público al ver avanzar hacia la tribuna a una garrida jovencita en edad de jugar con las muñecas, Hildegart no recibió el don de la elocuencia ni de la estética tribunicia. Hablaba bien y daba gusto verla tan guapa, pero nos dejaba fríos a todos sin despertar emoción. En el teatro Fuencarral, Hildegart atacó al político monárquico D. Antonio Goicoechea, y le llamó «el canario flauta del maurismo», pero ésta era la muletilla con que toda la opinión izquierdista motejaba al político de marras. A principios del año 1931 fui con Julián Besteiro al Cementerio Civil con motivo del entierro del compañero Fernández, secretario del Sindicato de la Construcción, víctima de un atentado perpetrado por unos pistoleros anarquistas, a causa de la rivalidad entre los elementos socialistas y anarquistas que se disputaban la secretaría de dicho Sindicato. Besteiro iba a pronunciar la oración fúnebre y yo tenía que tomar el discurso taquígráficamente. Según me dijo, no haría un discurso largo, por necesidad de eludir toda vehemencia. Los dos anteriores secretarios del Sindicato habían perecido de igual forma, y él opinaba que se trataba de actos fratricidas, que los anarquistas eran hermanos nuestros, ligados por el sentido de clase, y había que superar estas crisis con grandeza de espíritu.

Perspectivas

Instituciones del porvenir

Abre sus perspectivas la costa del Cantábrico. El ferrocarril que la bordeada se abre paso reptando desde Bilbao a San Sebastián. Al mediar el camino, en los pueblecitos menudos y blancos, rodeada de caseríos, estos caseríos vascos solitarios y como reclusos, una gran ciudad industrial: Eibar. Vida nueva y activa en sus andenes. El tren para en ellos con resoplidos febriles. Y en plena estación, un amplio edificio. Grandes ventanales, rumor de máquinas, chirriar de poleas. Movimiento de hombres en la gran colmena. Y encima, un nombre que rebrilla a la luz del Sol, un lema: Alfa.

Primera letra del abecedario griego. Alfa es el principio. El nombre trae la curiosidad al detenernos en

te a la de tantos obreros explotados por el patrono burgués?

Cuando estos obreros necesitan un anticipo en alguna enfermedad o por alguna otra causa, lo solicitan, y de ese fondo común se le entrega, sin otra obligación ni réditos que el irlo devolviendo paulatinamente para tener siempre abierto ese crédito de confianza con sus restantes compañeros de trabajo. ¡Magnífico principio de cooperación y de solidaridad! ¡Obreros que no tienen patronos. ¡Obreros que se rigen a sí propios con maravillosa justeza y asombrosa precisión! A su frente ha estado hasta hace unos meses el formidable organizador Toribio Echevarría, que hoy ha sido requerido por el Gobierno de la República para desempeñar un alto puesto

Dedicada desde su niñez a una labor intelectual, Hildegart comenzó enseguida a publicar en revistas y periódicos. He aquí, por ejemplo, el encabezamiento del artículo que publicase en «El Socialista» de 1 de agosto de 1931 narrando un viaje por el País Vasco.

Muchos compañeros acudían a saludar a Besteiro, y yo me desvié unos momentos hacia las puertas del cementerio, donde, en contradicción con esos instantes de luto y duelo, un gran grupo de chicas de las Juventudes Socialistas bullían graciosamente. Entre este enjambre juvenil estaba Hildegart, mientras su madre la vigilaba desde un taxi al borde de la carretera. Varias chicas dirigían la palabra a Hildegart en tono de broma:

—Oye, mira, mira, por ahí viene Santiago Carrillo. ¿No lo sabes? Que por ahí viene Santiago Carrillo.

Hildegart respondió:

—Bueno, es lo que digo yo, ¿y a mí qué me contáis con eso? Si viene que venga, no hay cuestión.

—¡Ah, que sí que hay cuestión! Que viene Santiago Carrillo.

Cuando volví al lado de Besteiro, no sé cómo, se me ocurrió decirle:

—Por ahí está Hildegart. ¿Qué le parece esta niña?

—No sé qué decirle... Hildegart es más bien un caso de dualidad incomprensible que de individualidad suelta, como son todas. En la Universidad me causó una impresión contradictoria. En los estudios es sencillamente formidable. Pero este fenómeno de ir tan pegada a la madre me evoca la imagen de una cría de canguro encapsada en bolsa invisible y con el cordón umbilical intacto, canal de una hipertrofia comunicativa gigante de dirección única.

¿Era Hildegart la cautiva inocente de un poder hipnótico irrompible?

La proclamación de la República alborozó a la jovencísima Hildegart, considerándola fortuna dinámica de grandes horizontes. A su temprana edad podía enorgullecerse de ser una veterana socialista de la vieja guardia. Se había ganado el prestigio de una personalidad eficaz, colaboradora incansable en mítines y conferencias, y autora de libros y artículos. Pero carecía de toda verídica inspiración revolucionaria. Aquí se delataba su condicionamiento a prueba de dislocaduras, fijado en congelación al vacío por el oculto resorte del ideal infuso y el bebedizo de la orfandad decisoria. ¿No era la madre la que en la sombra movía todos los hilos de su vida? No celaba mucho la índole de sus intenciones y tomaba trinchera de franco-tiradora para mejorar las perspectivas de su propia promoción. Entonces ocurrió que Hildegart no era bien vista por los jerarcas del Partido, a los que criticaba por desarrollar una política falta de espíritu y de substancia renovadora.



Nuestra querida compañera Hildegart, que acaba de publicar dos interesantes libros: «La rebeldía sexual de la juventud» y «Revolución sexual».

La temática a la que Hildegart prestó una mayor atención en libros y folletos fue la referida a la revolución sexual. «El Socialista» de 12 de noviembre de 1931 resaltaba el interés de los dos últimos volúmenes dedicados al tema por «nuestra querida compañera».

UNA NOCHE EN LA CAVERNA DEL SACRO MISTERIO

Me parecía a mí evidente que Hildegart, dadas sus extraordinarias circunstancias personales, representaba un positivo papel en la lucha contra la reacción derechista, además de que a título absolutamente gratuito dedicaba al Partido Socialista buena parte de su tiempo y trabajo. La persona de Hildegart suscitaba un interés general, casi niña y socialista vieja, y se merecía un cumplido periodístico, presentado por medio de un reportaje a modo de entrevista, dándole así cierto rango a sus opiniones sobre las cuestiones de la actualidad política. Así lo hice, sólo que, en un sentido literal, no hubo nada de entrevista. No tenía ganas de hacerle una visita a la joven compañera y me valí del socorrido remedio de escribirle una carta en la que le pedía que contestara a las preguntas adjuntas, para publicarlas a manera de entrevista, y que me enviara una foto-

grafía suya con el mismo fin. Escribí en el sobre la dirección de esta guisa: «Señorita Hildegart Rodríguez». Madrid. Como yo ignoraba su domicilio, le mandé la carta al administrador para que la hiciera llegar a manos de la destinataria. Hacía yo entonces las funciones de director interino de nuestro diario, y a los pocos días, al entrar por la noche en mi despacho, encontré la siguiente carta de Hildegart:

«Estimado compañero Coca: Con mucho gusto contesto a sus preguntas y le envío adjunto un retrato mío. Para evitar nuevos errores le ruego tome buena nota de cuál es mi nombre exacto. Mi nombre es Hildegart, exactamente Hildegart, y es mi nombre personal propio con entera validez jurídica. Sin más, le saluda afectuosamente su compañera, Hildegart.»

Me llevé una gran sorpresa con el intrínquilis de este singular nombre. Yo sabía que Hildegart era hija de padre desconocido, pero en cambio su madre era archiconocida, y por espontánea sugerencia le colgué su apellido. Doña Aurora, campeona de los retos más osados, decidió en su aventura que valía más para Hildegart no tener ningún apellido que tener uno sólo, para espantar las moscas de la curiosidad hispana, muy aficionada a las novedades con visos de leyenda. El nombre de Hildegart estaba empomado en una sólo palabra, cuya traza extranjerizante embozaba un verdadero agravio al sentido de la naturaleza. En el asunto no aparecía ni sombra del vicio nefando, pero el vocablo germánico quería decir «neutro», en el sentido de «ni hombre ni mujer». Todo esto no me daba ninguna impresión grata, y decidí publicar el reportaje y, para lo sucesivo, tener mucho cuidado en esquivar los encuentros con la pareja doña Aurora-Hildegart. Sin embargo, las cosas se enredaron mucho debido a las presiones de los enemigos que Hildegart tenía en el Partido. Me dieron aviso de que no podía publicarse la entrevista, pero yo insistí contra la corriente y logré convencer a mi favor al entonces secretario general del PSOE, Manuel Albar, con lo que al fin la entrevista, que antes de aparecer ya se hizo muy sonada, se publicó sin más novedad. Asunto concluido.

Pasaron muchos días, yo creo que unos dos o tres meses, y ya a finales del mes de diciembre de ese año, 1931, al entrar en el edificio de Carranza, 20, para empezar mi trabajo a las diez de la noche, antes de que pudiera entrar en el ascensor la portera me llamó y me entregó una carta que habían dejado para mí en la portería. Me extrañó que no la hubieran dirigido a la Redacción; el sobre no llevaba el nombre del remitente, y la portera no conocía

al chico que la había llevado. Rompí el sobre y leí:

«Estimado compañero Coca:
Quiero hablarle a usted, y le ruego tenga la amabilidad de venir a verme a ésta su casa, calle Galileo, 54, piso 5.º, siempre que sea después de las diez de la noche.
Le saluda afectuosamente su compañera, Hildegart.»

Por mucho que me exprimiera los sesos, no podía explicarme por qué motivo Hildegart necesitaba verme... y a esas horas. Con estas dos personas, de tan acusada personalidad, los hechos asumían una convicción terminante, rotundos y justificativos en sí mismos, y no había que darle vueltas. Yo veía la imagen de Hildegart, tan acostumbrada al fenómeno de su natividad surrealista que su rostro expres-

EL SOCIALISTA

ÓRGANO CENTRAL DEL PARTIDO OBRERO

Año XLVI—Núm. 7121 Madrid, sábado 3 de diciembre de 1931 Precio del ejemplar, 10 céntimos

COMENTARIOS

REPUBLICANOS, SÍ; PERO ANTES SOCIALISTAS

El artículo anterior que he leído en la edición de hoy de este periódico, me ha producido una gran satisfacción y una gran alegría. Me ha dado la impresión de haber leído un artículo escrito por un hombre que entiende de política y que sabe lo que quiere. Me ha dado la impresión de haber leído un artículo escrito por un hombre que sabe lo que quiere y que sabe lo que debe hacer. Me ha dado la impresión de haber leído un artículo escrito por un hombre que sabe lo que quiere y que sabe lo que debe hacer.

INDICACIONES DEL SEÑOR AZAÑA

Las modificaciones del Patronato de Turismo y la ley de Defensa de la República

«La persona de Hildegart —escribe Gabriel Coca Medina— suscitaba un interés general, casi niña y socialista vieja, y se merecía un cumplido periodístico, presentado por medio de un reportaje a modo de entrevista, dándole así cierto rango a sus opiniones sobre las cuestiones de la actualidad política». El resultado fue esta página de «El Socialista» (5-XII-1931), donde Coca Medina —autor también del trabajo adjunto— dialogaba con Hildegart.

NUESTRAS CHARLAS

Con la camarada Hildegart, propagandista de la rebeldía sexual de la juventud

Una vida aprovechada.—"No me satisface el artículo 24 de la Constitución".—La revolución sexual.—"Creo en la revolución universal pacifista y esta y en la nueva civilización"



La primera pregunta que me hizo Hildegart cuando me senté a su lado, fue: «¿Qué es lo que quieres?». Me miró fijamente y me dijo: «Quiero una vida aprovechada. Quiero que se cumpla el artículo 24 de la Constitución. Quiero la revolución sexual. Creo en la revolución universal pacifista y esta y en la nueva civilización».

«¿Qué es lo que quieres?», me preguntó Hildegart. «Quiero una vida aprovechada», le respondí. «Quiero que se cumpla el artículo 24 de la Constitución», me dijo. «Quiero la revolución sexual», me dijo. «Creo en la revolución universal pacifista y esta y en la nueva civilización», me dijo.

«¿Qué es lo que quieres?», me preguntó Hildegart. «Quiero una vida aprovechada», le respondí. «Quiero que se cumpla el artículo 24 de la Constitución», me dijo. «Quiero la revolución sexual», me dijo. «Creo en la revolución universal pacifista y esta y en la nueva civilización», me dijo.

APOSTILLAS

LA FILOSOFÍA Y LA FILOSOFÍA DE LA TORIA

La filosofía es una ciencia que se ocupa de la verdad. La filosofía es una ciencia que se ocupa de la verdad. La filosofía es una ciencia que se ocupa de la verdad. La filosofía es una ciencia que se ocupa de la verdad. La filosofía es una ciencia que se ocupa de la verdad.

DECLARACIONES DE LAPORTE

El Gobierno que se formará políticamente actual, aunque las personas sean

«El Gobierno que se formará políticamente actual, aunque las personas sean...»

EN EL TEATRO MARIA GUERRERO

Grandioso mitin parlamentario socialista

Mañana, domingo, día 6, a las diez y media de la mañana, se celebrará en el teatro María Guerrero un grandioso mitin organizado por el Grupo parlamentario socialista, para dar cuenta al pueblo de su labor en las Cortes constituyentes.

En dicho acto intervendrán como oradores los camaradas diputados

MANUEL CORDERO, RODOLFO LLOPIS, JOSÉ SANCHEZ BANUS, LUIS JIMENEZ ASUA, INDALECIO PRIETO

Fieles a nuestra tradición democrática, convocamos al público ciudadano para darle cuenta de cómo campeonamos su mandato.

¡Comaradas, ciudadanos y amigos! Por deber de ciudadanía hay que acudir al mitin.

saba candor y sus ademanes traducían la apacibilidad de un sosegado temperamento.

Héteme aquí, a las diez y minutos de una cruda noche invernal, rastreando la calle Galileo en busca del número 54. El alumbrado parecía mortecino y no era fácil que yo pudiera ver la numeración de las casas. No tardé en ver brillar cerca la luz del sereno y me dirigí a él. Casualidad: estaba a la puerta del mismo 54. Me franqueó la entrada y me dio un largo cerillón o velita para que me alumbrara durante la ascensión de las escaleras, porque entonces no había alumbrado supletorio después de las diez de la noche. Me abrió la puerta la propia Hildegart en el momento justo en que la frágil velita parpadeaba con ritmo precipitado. El rostro apacible y juvenil de Hildegart sonrió levemente al estrechar mi mano. Cerró la puerta y me hizo entrar a un despacho que se abría a la derecha del alfombrado pasillo.

—Dice mi mamá que haga el favor de esperar aquí un momento, mientras decidimos dónde lo recibiremos a usted, si aquí o en el salón. En el interín, y como usted es periodista, se permite indicarle que se documente echando un vistazo a todos estos cuadros de las paredes, pues sobre mí se dicen y se insinúan muchas cosas con no muy benévola intención. Aquí está enmarcada mi partida legítima de nacimiento, inscrita en el Registro Civil, que certifica mi edad actual de diecisiete años. Con su permiso...

Me dejó solo y disfruté de la vista de un despacho diáfano y despejado, todo tan arreglado y dispuesto en su sitio, denotando la voluntad de una disciplina teutónica. Di un rápido repaso a los muchos cuadros que colgaban en las paredes: multitud de títulos universitarios y diplomas; y también presté mi atención a la biblioteca y al departamento de revistas en muchos idiomas. Reapareció Hildegart y me dijo:

—Dice mi mamá que haga el favor de pasar al salón, que allí se está más cómodo y abrigado.

Me precedió en el paso y empezamos la para mí tan celebrada travesía de pasillo penumbroso a la zaga de chica guapa y cimbreante. Nada de romanticismo. Hildegart conservaba su aire de beatífica serenidad, como si viviera en la paz de una sinfonía pastoral y bucólica. El apogeo de sus insensibles atributos femeninos irradiaba unos suaves retozos de gracia que daban a su melena negra, peinada en un delicado esmero de bucles precisos, reminiscentes de las bellas heroínas dieciochescas que ponían en altares de culto sus ensueños e ilusiones. Mucho ha retornado a mi mente el enigma de los bucles de Hildegart: ¿se debían a un insólito prurito instintivo de ponerle adorno a lo nefandamente considerado como neutro liberto?

Entramos en el salón y me vi frente a la imponente personalidad de doña Aurora, sentada como una reina ante una mesa amplia, cubierta con tapete verde y enfaldada en su torno para presevar el resguardo de un calorífero. Arrogante y esbelta, sin cremas ni afeites de ninguna clase, sus facciones cincelaban una expresión de firmeza, acentuada por una mirada clara, capaz de fijarse sin parpadear en el más mundano; ojos temibles cruzados por un punto de fulgor en su honda frialdad. Yo había oído decir que doña Aurora no sonreía nunca, porque lo consideraba un signo de debilidad. Estreché la mano de doña Aurora y, contra lo que yo esperaba, la conversación se anudó en el acto con suma fluidez y facilidad, una circunstancia que a la misma doña Aurora le parecía extraña, igual que me pasaba a mí. Empezamos a hablar como en campo llano, como si nos conociéramos de muy atrás y nos hubiéramos dejado pendientes para el abordaje una multitud de problemas humanos sobre los cuales contábamos con un previo esbozo y una primera pasada. Así ocurrió que nos pasamos horas y horas de charla, y vislumbré el drama indescripto que latía entre las dos mujeres.

La situación se me hizo clara como si centelleara fósforo. A mí me había llamado Hilde-

CONFESION

Por qué soy federal

I

Para Joaquín Pl y Arsuaga, con veneración y afecto.

Charlas de controversia

Dentro de unos días, el próximo sábado, el Comité Municipal del partido republicano democrático federal iniciará—corriendo la primera a cargo de nuestro presidente, el ciudadano Mario Orive—un ciclo de charlas de controversia sobre puntos de doctrina federal; esos puntos de los que se han nutrido partidos republicanos posteriores, y que son base y fundamento de la esencia racial de nuestro pueblo. Iniciar desde estas columnas la interesante controversia doctrinal fue misión que me ha sido encomendada y que acepté con gusto, ya que representaba, por otra parte, fórmula de expansión espiritual.

Ir al federalismo después de militar en el socialismo, me ha dicho un buen número de amigos, es un retroceso. Es retroceder a un partido burgués después de haber estado en un partido obrerista. Se debe ir para avanzar, no para retroceder. Mi campo de acción estaba en el comunismo. Allí están—me argüían, aun con lógica que les parecía irrefutable, como si a mí el hablarme de actitudes colectivas ajenas fuera motivo bastante para decidirme por razón de moda a seguirías a mí vez—todos los que han dejado de pertenecer y militar en las filas socialistas.

Y vamos ahora a contestar a sus argumentos como hitos o jalones que marquen las líneas generales de nuestras charlas de controversia.

Socialismo y federalismo

El partido socialista no es un partido obrerista. Su masa proplamente obrera está en la que a él está ligada por vínculos de solidaridad impuestos por sus dirigentes, la Unión General de Trabajadores. El partido socialista

De «El Socialista», Hildegart pasó a escribir en «La Tierra», diario de ideología anarquista. Reproducidos el titular y primeras líneas del último artículo que allí publicase antes de morir, donde—el 7 de junio de 1933—mostraba su entusiasmo por las tesis federalistas



La historia de Aurora Rodriguez —a la que vemos en la foto— es la de una mujer atípica, ejemplar excepcional saturado de patología imperativa, con la obsesión de hacer grandes cosas con las que satisfacerse egolátricamente aun a costa del sacrificio ajeno. La dominación que doña Aurora ejercía en su hija poseía todas las características de lo enfermizo.

gart, y creía que quien tenía que decirme algo y la persona con quien yo iba a hablar sería la propia Hildegart. Inesperadamente, Hildegart no habló conmigo; fue su madre la que hizo todo el gasto del palique, y esto me sugirió un sombrío vacío, la marginación de una criatura juvenil que en su normal realidad física e intelectual había decepcionado las quiméricas ambiciones de doña Aurora.

Apenas había terminado de saludar a doña Aurora, cuando me indicó con un ademán que me sentara en el sillón frente al suyo y, sin circunloquio alguno, entró en materia, diciéndome con su palabra tersa y precisa, de buen timbre prosódico:

—Le hemos pedido que venga sin otro objeto que el de emplazarle para que nos diga —bajo su palabra formal de caballero— cuál ha sido el verdadero motivo de publicar su trabajo sobre Hildegart, habida cuenta de la hostilidad manifiesta que le profesan los dirigentes del Partido. Ya pareció aquello el aguijonante enigma de la causa que tuvo Hildegart para camelarme

con esta cita misteriosa que tantas cavilaciones despertó en mi ánimo. Con su extraña apacibilidad, Hildegart se había sentado a mi izquierda y, después de servirme unas copas de un magnífico coñac Napoleón, se quedó muy quietecita, como una muñeca que de vez en cuando giraba la cabeza para mirarme a mí o a su madre. La interpelación me pareció cargada de ramplona vulgaridad, pero contesté muy comedido.

—Verdaderamente, debo confesar que no ha existido ningún motivo de índole particular o extraordinario para decidirme a escribir este trabajo sobre Hildegart. Sencillamente, consideré la gran valía que yo atribuyo a las aptitudes políticas e intelectuales de Hildegart, a la vez que su merecimiento respecto a la gran labor que realiza en pro del socialismo, lo que me impulsó a incluirla en esta galería de entrevistas. Ahora voy a publicar otra dedicada a Margarita Nelken, otra brillante fémmina del Partido, aunque ésta es una neófita en nuestras filas, y en cambio Hildegart, que sobre su fresca edad juvenil tan-

LA PROPAGANDISTA Y ESCRITORA HILDEGART RODRIGUEZ MUERTA POR SU MADRE, MIENTRAS DORMIA, DE CUATRO TIROS DE REVOLVER

Después de dar muerte a la hija, la madre sale tranquilamente de la casa y se presenta a un abogado

Esta mañana doña Aurora Rodríguez ha matado a su hija Carmen de cuatro disparos de revólver mientras dormía. La señorita Carmen Rodríguez era más conocida con el nombre de Hildegart Rodríguez o al seudónimo de "Hildegart" que había utilizado en multitud de

doña el estado de excitación en que se encontraba la visitante. El señor Botella Asenai no tenía amistad con esta señora ni con su hija. Las había asistido una vez en una de las conferencias, a las que asistían con mucha frecuencia.

Un extraño ensayo

La madre, doña Aurora Rodríguez, había realizado hace unos días un extraño ensayo. En la azotea de la casa, con el mismo revólver hallado en la casa, hizo un dis-

hizo la prueba del revólver en la azotea de la casa. No será nada de extraño que haya contestado que hiciera tal prueba porque pensaba en suicidarse si su hija llegaba a abandonarla.

La autora del crimen, a la cárcel

El asesinato de Hildegart a manos de su madre causó una enorme conmoción en los medios culturales y periodísticos madrileños. Cuando, el 10 de junio de 1933, los lectores se dieron de bruces con titulares como éste que reproducimos de «Ahora», no podían creer en la veracidad del caso. El parricidio era, sin embargo, totalmente cierto.

tos laureles ha ganado, puede acreditar su consecuente veteranía.

—Como usted sabe, los dirigentes del Partido se confabulan para poner el veto a Hildegart.

Le contesté que esas rencillas y alfilerazos existen entre los cuadros de todos los partidos, y a fe que Hildegart no era manca. Yo también tenía mis problemas, debido a mi disparidad de criterio con la Comisión Ejecutiva del Partido, y mi postura opuesta a la colaboración con la burguesía reaccionaria. Se presentaron «pegas» y obstáculos al ir a publicar el artículo sobre Hildegart, pero yo era el director interino y pude allanar las oposiciones.

—¿Sabe usted que nos ha costado mucho trabajo llegar a descubrir su persona? Hemos hablado con mucha gente, y hasta que no dimos con Ibáñez no tuvimos una referencia completa sobre usted. ¿No se lo ha dicho Ibáñez?

—No. ¿Quién es Ibáñez?

Aquí atisbé en el rostro de doña Aurora una viva expresión de extrañeza, su semblante se iluminó gratamente y esbozó una sonrisa, lo nunca visto en la casa.

—Pero, ¿de verdad no conoce a Ibáñez? Es el jefe de la librería de «El Socialista», y trabaja en la administración.

—Bueno, es que yo voy poco por la administración; una vez al mes y siempre con prisas.

—Pues mire usted lo que le digo, amigo Coca: no tiene usted mejor amigo que Ibáñez.

Doña Aurora parecía haber recibido la tónica de un nuevo entusiasmo vital. Empezó a mirarme con interés y suaves maneras.

Hildegart no había despegado los labios, un hecho impresionante de constatar, como si no estuviera allí, que ni respirar se le sentía, como si fuera una muerta... horrible pensamiento que me dejó helado. La madre se erigía en sustituta vital de la hija, que parecía su-

mirse en un vacío de ópera mefistofélica. Inquieto de que realmente existiera una inconcebible aniquilación de un espíritu humano por una voluntad usurpante, me dirigí a Hildegart a ver si se animaba a decir algo. Quizá alguna palabra espontánea me daría la clave para deducir una situación de maleficio y cautiverio propia del medievalismo alquimista.

Hildegart no se inmutó por mi interpelación sobre temas marxistas y, con su habitual parsimonia, me contestó hábilmente, aunque no dominaba el tema. Dijo que el marxismo no era una panacea de unguento amarillo, buena para ser aplicada en todas las situaciones políticas. Daba la sensación de que le eran indiferentes todas las cuestiones de nivel abstracto u objetivo, y cortó pronto su discurso. A doña Aurora se le veía en los ojos que a todos sus pensamientos los dominaba la ambición de ir escalando las cumbres del poder por medio de la ascensión meteórica de Hildegart. Recuperó su monopolio verbal con estas palabras:

—Lo peor de todos estos desaguados políticos es que los jerifaltes del Partido se apoderan de todos los cargos con codicia mal comprimida, y cierran el paso a los valores jóvenes que empiezan a despuntar y que son los que han de sacarlo adelante en el porvenir. Recuerde el homenaje a Manuel Cordero, que anunció a la Prensa una larga lista de adhesiones. Entre ellas colaron una carta de Hildegart que, en vez de ser de adhesión, hacía una crítica del monopolio y el veto que imponen a las jóvenes promesas del socialismo. Trae la carta, Hildegart.

Al fin, Hildegart ya tenía algo que hacer en aquella tertulia a dúo. Se levantó con su gran precisión de tranquilos movimientos, fue hacia una gran armario librería y volvió con una cartera de cuero, en la cual, con mínimo tiempo, halló la mentada carta. Hildegart la leyó despacio y yo me fijé más en sus dientes como

la nieve, sus labios de coral... Y no me enteré bien de los términos de la carta. Por lo demás, yo trabajaba todas las noches en el periódico al lado de Manuel Cordero y apreciaba mucho al valeroso luchador autodidacta. Sin embargo, hice un examen de excomunión de la política gazmoña y mogigata de nuestro Partido, con su inverosímil carácter de inopia reaccionaria, y —sin pretenderlo— conquisté las simpatías de doña Aurora. Lo cual no fue óbice para que observara atentamente el estilo de las relaciones entre madre e hija, una verdadera fenomenología familiar cuyo desplazamiento de insólita psicosis mítica y ritual anulaba la tradición de cariño normal entre madre e hija.

EL CASTILLO DE IRAS Y NO VOLVERAS

En el calor del pali que perdimos la noción del tiempo y las horas pasaron sin que nos diéramos cuenta. A la vista de las cosas, en mi mente se repetía una pregunta: «Bueno, ¿pero qué es lo que Hildegart hace aquí?» La jovenísima doctora, cuya frente ceñían laureos académicos y coronas de rosas conquistadas en torneos de alta intelectualidad, muy diferentes a los juegos del gay saber, producía una obsesiva sensación de vacío. A nadie le gusta que le arrinconen, que le pisen su terreno y le enreden en una acción de afán nulificativo; pero Hildegart estaba condicionada a esta sumisión fatalista desde el primer día de su vida. Y la habían parido para eso, y no para otra cosa. Nos dieron las dos de la madrugada y, al levantarme para irme, en la enorme inercia conversacional, doña Aurora remachó bien una idea que a mí no me hacía gracia ninguna. Me dijo que deseaba saber cualquier ocasión de mi vida en que ella pudiera complacer su gusto de hacerme un digno regalo en prueba de su afecto hacia mí. La despedida hubo que tomarla en dosis, haciendo pausas en el camino hacia la puerta. La sensibilidad de doña Aurora quedó al desabierto al señalarme en el pasillo dos hermosos ejemplares de raza canina, grandes, arrogantes, orgullosos. Les lucía el pelo y les brillaban los ojos como si estuvieran vivos, pues doña Aurora había contratado el celo de un artista taxidermista para conservarlos en la plenitud de su belleza.

—No se pude imaginar lo que valían estos perros, modelos de lealtad que en todos casos avergüenzan la propensión traicionera e interesada del hombre. Una raza de animales en cuyo código congénito a su naturaleza no cabe el engaño. Me querían tanto que la emoción de verse

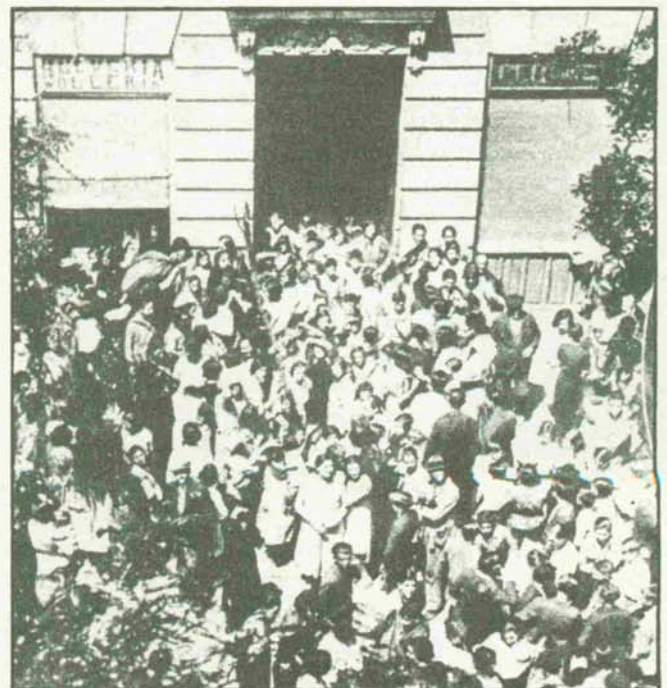
correspondidos a raudales les convirtió en enfermos cardíacos y se murieron.

En la estela de confidencias le expliqué que a mí me gustaban los perros, pero siempre que fueran como éstos de grandes y nobles. Otra vez vi brillar en los ojos de doña Aurora una chispa de simpatía y, aunque parezca mentira, repitió estas palabras textuales: «¡Ah, si todos los hombres fueran como usted...!», ya dichas antes al referirse al compañero Ibáñez.

—Imagínese que pensando en usted, y para evitar la ocasión de meterle en apuros, me cuidé muy bien de que encerraran a mis perros bajo llave, pues son muy cariñosos a su modo y le ganan a usted en estatura.

Se presentó una joven y preciosa doncella, luciendo vistoso uniforme rematado con blanca y airosa cofia, que con una palmatoria y su vela encendida abrió la puerta del piso y se dispuso a acompañarme por la escalera y abrir la puerta de la calle. Todavía escuché la última propensión lánguida de doña Aurora:

—Ya que hablamos de perros, como cada cosa tiene su sentido real, que a veces no corresponde al sentido aparente, quiero aclarar que me gustan los perros por el amor de su compañía, por una razón de afecto estricto no empañado por ningún interés vulgar. Quiero decir que, como esta es una casa de mujeres solas, y ya sabe usted las sandeces que sobre esto se dicen, me interesa explicar que tengo los perros sin idea de utilidad, y no cumplen ninguna función de protección o centinela. Al contrario, ellos no sabrían reaccio-



Desde el momento en que se conoció la noticia del asesinato, fueron muchas las personas —especialmente vecinos— que se congregaron a la puerta de la casa donde había sido cometido. He aquí el aspecto que presentaba la calle Galileo, a la altura de su número 57, poco después de hacerse público el parricidio.

nar en el caso de cualquier incidencia. Los he educado sin poner coto a la nobleza de su raza y se creen que todos los hombres son buenos. Por ello habrá usted observado que, aunque los animales han oído su voz y su paso, no se ha escuchado el más mínimo ladrido. Yo los crié y les daría ayuda y protección si se terciara la ocasión. Nada extraordinario para mí, si se considera que soy campeona de tiro de rifle y de arma corta.

LA ESFINGE DE ACTIVIDAD INCESANTE

De todo lo visto y escuchado en aquella visita inolvidable, colegí que yo había tropezado, sin quererlo, con una colosal experiencia humana cuya magnitud real yo no podía medir. No me gustaba el cariz del asunto y decidí no volver nunca por el misterioso castillo y evitar todo nuevo encuentro con doña Aurora. Sin embargo, las volví a ver al poco tiempo. Durante un corto período, la Federación de Juventudes Socialistas celebraba sus Juntas por la noche en el mismo piso donde estaba la Redacción de nuestro diario. Entré una noche en uno de los despachos y me di de frente con doña Aurora y Hildegart, que estaban sentadas y hablando con varios jóvenes. Uno de ellos era Santiago Carrillo y, cuando yo estrechaba las manos de madre e hija, Carrillo se dirigió hacia ellas con un gesto de énfasis y dijo: «Este camarada es Coca». Doña Aurora levantó los hombros y contestó: «A buena hora, mangas verdes; eso ya lo sabíamos». Afortunadamente, a Hildegart le esperaba la sesión y a mí el trabajo, y nos separamos sin más. A Santiago Carrillo también le habían interrogado para descubrir mi persona. Durante dicho período vi a doña Aurora otras dos veces, pero a cierta distancia, sin saludarla y sin que ella me viera. Doña Aurora jamás miraba a nadie; se sentaba indiferente y glacial, cogía un libro o periódico que sacaba de su bolso y parecía ensimismarse en la lectura sin levantar la vista. Así se pasaba las horas muertas sin ningún signo de aburrimiento. Yo la miraba por el rabillo del ojo y me chocaba la altanería implícita en su falsa petrificación. ¿Qué diabólica maquinación llevaba esta mujer entre sus manos para aguantar tantas horas y tantos años el tipo de Esfinge? Ya entrado el verano, las vi fortuitamente por la calle y doña Aurora me avisó de que tuviera cuidado, pues sabía que estaba a punto un gran complot contra la República. Creo que fue por estas fechas cuando Hildegart se dio de baja en el Partido Socialista y se apuntó en el partido republicano federal, afecto al espíritu del gran apóstol Pi y Margall.

Hildegart, con sus dieciocho años y prácticamente más inexperta que una novicia ursulina, comenzó a escribir una serie de libros pseudocientíficos sobre temas sexuales. Al mismo tiempo se puso a colaborar en el diario «La Tierra», órgano temporal de hostilidad implacable contra los socialistas.

Durante los meses siguientes, conocí a varias personas que tuvieron diferentes contactos con doña Aurora y su familia, cuando todavía vivían en su país asturiano. De ellas obtuve varias y dispares referencias sobre el curso que llevó a doña Aurora a asumir su actual papel de mítica predestinación hacia la grandiosa conquista del Poder. Es la historia de una mujer atípica, ejemplar excepcional saturado de patología imperativa, el íncubo fáustico de hacer grandes conquista cosas por su Yo egolátrico a costa del sacrificio ajeno, individual o colectivo. Parece lo más posible que doña Aurora adquiriera en su infancia su extremosidad psicológica por efecto de agudos choques sensitivos que repercutieron traumá-



El entierro de Hildegart constituyó una manifestación de duelo. El cadáver estuvo expuesto en el Círculo Federal —dependiente del partido al que la joven pertenecía en sus últimos meses—, desde donde (como muestra la foto) fue conducido al cementerio.

EN TORNO A UN DOLOROSO SUCESO

La Prensa derechista pretende empañar, inútilmente, la memoria de Hildegart

Esta tarde, a las seis, se verificará el entierro

Desequilibrio mental por exceso de cariño

Durante toda la tarde de ayer y parte de la mañana de hoy desfilaron por el Depósito judicial multitud de personas que querían ver por última vez a Hildegart.

Era aquél un cuadro conmovedor, al que asistimos también para tributar al cadáver de la que fué leal camarada un póstumo saludo silencioso y recogido...

Al lado del cuerpo muerto de aquella criatura, que unas cuantas horas antes nos había visitado de nuevo para cambiar con nosotros en la Re-

Le apreciaron al cadáver dos heridas de bala en la cabeza y otras dos en el pecho. Los proyectiles primeros estaban alojados en el cerebro, produciendo, naturalmente, heridas mortales de necesidad.

En el lado derecho del rostro se veían las señales de los dos foganazos. Parece ser que los disparos fueron hechos mientras la víctima dormía. Una vez practicada la autopsia, y en vista de que el cadáver empezaba a descomponerse, se le inyectaron para su conservación ampollas de formal y glicerina.

Traslado del cadáver

Sólo unas horas después de la muerte de Hildegart. «La Tierra» denunciaba la manipulación que en torno a ella estaba ejerciendo la Prensa derechista. Para los órganos conservadores, su asesinato era un ejemplo de «a donde conducían las ideas avanzadas», del «triste fin» de quienes defendían tesis progresistas en materias políticas o sexuales.

ticamente durante toda su vida. La coronación de este juicio despunta en sus años de niñez y adolescencia, cuando se asentó con firmeza triunfal y monopolista como la hija favorita de su padre. Si su padre la quiso mucho, y ella también quiso mucho a su padre, la gran acentuación vincular se basó en la reflexión paterna de que su hija nunca podría querer a nadie, con la reciprocidad de que tampoco nadie la querría nunca a ella. Doña Aurora se diluyó en el sentido absorbente de ser una hija, y nunca admitió ser esposa o madre. Cuando le faltó el padre, la ambición de doña Aurora se afincó en el prurito quimérico de querer criar y desarrollar verdaderos genios de superior cualidad, tan poderosos por su dominio de la ciencia o del arte como por la magia lo era el genio alumbrado por la lámpara de Aladino.

Por fin, tras apelar a varios medios persuasivos, y de no muy buena gana, consiguió que un familiar le confiara la educación del niño Pepito Arriola. Se acreditó como descomunal preceptora del infante, y le hizo aprender mucha, mucha música, que la asimilaba como Gargantúa sus festines. Le enseñó a vivir entre montañas de libros técnicos, falsillas y solfeos, le acompañaba a todas partes, y el niño se hizo un maestro certero que señoreaba el arte igual que si hubiera nacido para ello.

DECEPCION DE PEPITO ARRIOLA Y CONCEPCION DE HILDEGART

Doña Aurora había sudado horrores enfebrecida en el sueño de una creación delicada y sublime, y el frágil Pepito se elevó al pedestal de la fama. Con su calzón corto, gorro mari-

nero y aficiones juguetonas, cosechó los aplausos del público dirigiendo las primeras orquestas del país y las de otras capitales europeas. Cuando los padres de Pepito vieron que la gloria y el prestigio de su hijo podía ser convertido en una mina de riqueza tangible, no lo pensaron más y reclamaron a doña Aurora la devolución del pequeño divo. Por virtud del Derecho, la formidable doña Aurora no tuvo más remedio que disimular su terrible encono y devolverles el niño prodigio. Como una rosa fragante decapitada de su plantación natural, el eminente director-niño vio cómo se marchitaban sin remedio sus excepcionales talentos musicales, y entre el estupor de sus familiares quedó convertido en un chico vulgar y ordinario, de mediocre capacidad para la música.

Doña Aurora se afirmó en la creencia de su facultad maestra para crear superhombres, titanes olímpicos que se impusieran al vulgo de la común masa humana. Ella era joven todavía, y no estaba dispuesta a sepultar sus inauditas ambiciones. Daría el soplo de su aliento vivificante a un nuevo Hércules espiritual, y esta vez sería tan íntegramente suyo que nadie podría quitárselo. En su historiada fabulación se había dejado para lo último, sin acordarse hasta que todo estaba a punto, de la imagen misteriosa del donante de la sangre paternal, con el que tendría que haber coito. Sus decisiones eran tajantes y definitivas en esta materia, pues su concepto del hombre se reducía al de simple semental. El zángano elegido tendría que hacer mutis absoluto después de la ceremoniosa fecundación.

Transcurría entonces la segunda década del siglo XX, y había empezado la Primera Gran

Guerra, que barrió a Europa como un huracán de inconsciente locura. Por las fronteras de Francia habían entrado en España gran número de personas que huían de las zonas devastadas o buscaban refugio para cumplir misiones de ayuda a favor de alguno de los bandos en lucha. Doña Aurora recorrió varias poblaciones del País Vasco en tarea de buscona explorativa. Gracias a su feliz posición económica, puso casa en un pueblo preferido por la oleada extranjera, donde residía a la sazón un interesante señor alemán, al parecer caído allí por arribada forzosa. Referencias contradictorias decían que era el comandante de un

submarino alemán hundido por los ingleses, o un noble prusiano que había caído en desgracia ante la autoridad del Kaiser, o un refugiado pacifista. Nada corta ni tímida, doña Aurora se presentó ante él como una joven rica y aposonada por el estudio del idioma alemán. Diestra en el cultupalique, rompió el hielo y lo demás todo discurrió ya como una seda. Doña Aurora sabía que era necesario actuar con insistencia reiterativa, hasta despejar cualquier sombra de inhibición o complejos impuestos por el mutuo desconocimiento, pues sin circunstancias de aplomo no alcanzaría la maternidad a las primeras de cambio.

Al poco tiempo advirtió que el asunto iba bien, «aquello marchaba». Entonces se marchó con la estratagema de un telegrama contrahecho, dejando a su semental alemán con una dirección falsa. Fueron sencillamente asombrosos los miramientos y cuidados extremos que tomó doña Aurora en atención exclusiva al hijo concebido, imponiéndose rigurosos sacrificios para provocar el espléndido desarrollo y plenitud del Hércules magno que aposentaba en su vientre. Se atenía a un régimen de comida nutritivo y de fácil digestión. Se pasó todos los meses de gestación casi sin abandonar el lecho, como hechizada por un gran éxtasis, haciendo generosa entrega de toda su enorme energía orgánica para que el ser naciente hiciera copioso acopio de los recursos vitales de la madre. Su vientre crecía como una mole ingente a costa del resto de la persona materna, menguada y en peligro de ser devorada por el feto gigante. Sabía que desde el primer día tenía que imponer el dogma de una disciplina inflexible. Se trataba de meter en un puño a toda la sociedad en masa y hacerle admitir nuevas leyes de primacía espiritual y desdén materialista.

Aleccionaba a la cría antes de que naciera. Por las tardes, siempre en su lecho, cogía unos libros que tenía al alcance de la mano y leía en voz alta unos párrafos que había acotado hacía ya tiempo con lápices rojos y azules. En las pausas de la lectura se fijaba en el montículo de su vientre, mostrando la categórica intención de que entendiera lo dicho para su misión específica. Esto escuchaba la niña todavía a cubierto del mundo increíble que le deparó su desventura.

Así, cuando llegó el día del alumbramiento, la comadrona le presentó una criatura espléndida:

—Sabe usted, doña Aurora, es una niña como un sol, exactamente como un sol, un regalo del cielo, y puedo decirle que en mi vida vi otra semejante de hermosa y robusta.

DESPUÉS DE LA MUERTE DE HILDEGART

Recuerdo imborrable y pensamiento eterno

Pensando en ti, hermana Hildegart, desde aquella feliz mañana en que el Destino me deparó el alto honor de conocerte, brotó en mi corazón infantil un cariño espiritual hacia ti que, aumentado hoy con el supremo dolor por haberte perdido, no acierto a expresar. Lo que sí sé decir es que si tu desgraciada madre—a quien, a pesar de lo hecho, yo respeto—estampó un beso en mi frente pocos días antes de matarte... ¡ah!, no puedo decirlo, porque siento un nudo en la garganta y la vista se me nubla—, el beso que yo estampé en la tuya cuando ya estabas inerte quería que sirviera para trerte a la vida. Sí, porque, así como tu corazón se abrió generoso para recibirme en el altar de tu nobleza y adornarme con el perfume de tu cariño, en el mío has tomado tu entera posesión, estando ya encarnado en mí tu espíritu sublime para siempre.

Todos cuantos te conocieron te lloran; la madre de Emilio Santiago y él mismo—a quien tanto bien hiciste—te lloran; mis padres te lloran, y yo, pobre de mí, también te lloro. Nuestras lágrimas son de pena, de dolor, de sufrimiento y reconocimiento por los generosos anhelos de tu noble y magnánimo corazón. Todos—y Emilio Santiago, a quien protegiste, y yo, a quien quisiste proteger—sabremos honrar por siempre tu memoria, y tu santa imagen en nosotros vivirá.

Pedrin SANCHEZ

Madrid, junio de 1933.

Manifestaciones de condolencia

EL ÚLTIMO ADIOS

Hildegart ha muerto, sí. Mas no para los lectores de LA TIERRA; su alma generosa y caritativa continúa entre nosotros, y con nosotros sus bellos artículos escritos en LA TIERRA, donde la joven escritora federal varió su prosa literaria, demostrando su inmensa cultura y su grandioso talento, que la hicieron ser la escritora admirable, llena de fe y entusiasmo, plébrica de humanidad y de valor.

Adiós, Hildegart, para siempre; pero tu alma está con nosotros.—Alfonso Navarro.

Villarrobledo, 21 de junio de 1933.

EL MEJOR TRIBUTO

Hildegart ha muerto. Con profundo dolor repetimos esta frase. Murió la mujer cuyas artículos, obras y conferencias demuestran un talento incomparable.

Hildegart: tú eres la aurora de una generación nueva de cultura y de progreso, joven como tú, porque

está inspirada por ti. Así lo dicen tus escritos, tu corazón.

Los que no hemos tenido la dicha de conocerte admiramos tu extraordinaria elocuencia en los sabrosísimos artículos escritos con elegante estilo, recto y justiciero, publicados por el diario LA TIERRA, de inabarcable conducta, del que eras ilustre colaboradora, y nosotros adivinos lectores, porque aspiramos, como tú, a una sociedad más humana.

Lloremos todos su ausencia; nazcan en nosotros las flores de su ejemplo, cooperando como ella por el bien de los humanos. Este es el mejor tributo que debemos ofrecer a nuestra inmortal Hildegart.—Trinidad Bandy.

Castuera, junio, 1933.

UNAS CUARTILLAS

Firmadas por Alicia Graña, recibimos unas cuartillas en las que, después de lamentar el acto del que fué víctima nuestra inolvidable compañera Hildegart, enaltece su figura en magníficos párrafos.

Opiniones de Mujeres

(Conferencias), por MARIA DOMINGUEZ

Primera alcaldesa de la República. Con 64 páginas de prólogo por HILDEGART, abogado.—Precio: CUATRO pesetas.

Pídase en librerías o a Editorial Castro, S. A., Carabanchel, MADRID

Durante semanas, «La Tierra» mantuvo una sección dedicada a guardar vivo el recuerdo de Hildegart. Los testimonios de homenaje y condolencia eran publicados de la manera que ejemplifica este recorte del 26 de junio de 1933. Junto a él, figura el anuncio de un libro que llevaba precisamente prólogo de la joven escritora.

CREPUSCULO Y FALLO DEL DIOS FEMENINO

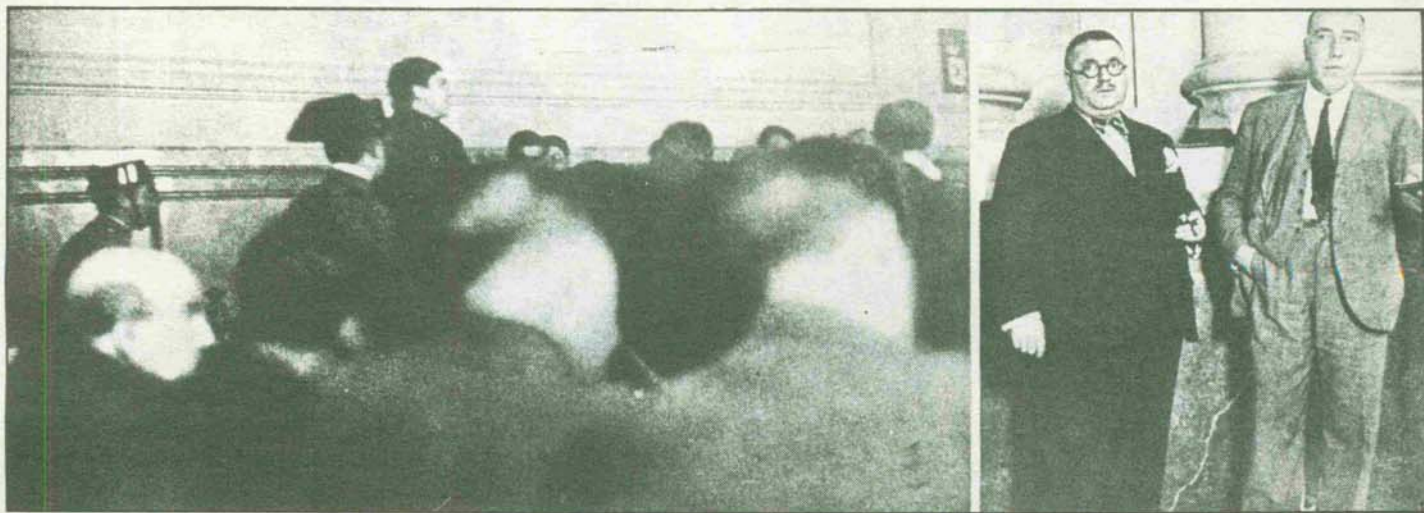
La historia de Hildegart puede contarse en dos palabras, por sujetarse a una agenda uniforme de actividad incesante. Doña Aurora acaparaba con incorruptible firmeza todos los poderes del timonel e Hildegart no sabía del mundo más que sus encuentros triunfales con multitud de profesores y tribunales docentes, a los que dejaba asombrados con su increíble caudal de cultura y ciencia. En realidad estaba «in albis» y en ayunas del valor afectivo y sensible de la vida, bajo la pupila de su madre, eternamente a su lado, que la acompañaba hasta la puerta del baño. Por la época en que yo las visité, era indudable que ya doña Aurora se empezaba a dar cuenta de que el genio intelectual de Hildegart se había estancado, haciendo dique para todo avance en la idoneidad de su inteligencia y el rango de sus concepciones.

Habían corrido los meses y se iban echando encima los calores del verano de 1933. Una noche tuve ocasión de ojear un artículo de Hildegart publicado en «La Tierra». Su valor no pasaba de un bajo nivel garbancero, pero su sentido sibilino y agorero salía por la tremenda. Allí se encomiaba a Caín, el asesino de su hermano Abel, que pasaba por virtuoso pero que era reo de mayor culpabilidad por dejar que fallaran los resortes de la vitalidad humana y no poseer voluntad creadora para justificar su presencia en el mundo. Este cúmulo de aberraciones hizo que me fijara en la firma, como si la viera por primera y última vez, alumbrada por un relámpago de fuegos fatuos: Hildegart, mi amiga de antes, que con su

dulzona calma había firmado un artículo que ella no había escrito. Había allí una excénica urdimbre de fábula, con la imagen de Caperucita - Hildegart prisionera del ogro-doña Aurora, con un fonde dificción y de cábala ultra-realista, empapado todo en un maléfico ambiente de energías diabólicas. Pero, ¿cómo se iba uno a imaginar lo que pasó?

Se marchó a su pueblo la única sirvienta que vivía interna en la casa, y doña Aurora se arreglaba para las faenas caseras con las asistentes y la lavandera. Se oyó una fuerte discusión cuando doña Aurora le echó en cara a Hildegart el haber tenido algunas conversaciones de pocos minutos con Santiago Carrillo y luego con un joven político catalán. Por la noche, Hildegart dormía, rendida por el trabajo, sin sospechar que a pocos pasos de ella doña Aurora daba trajín a su mente para no dejar ningún cabo suelto de la extremada decisión que había adoptado. El día anterior había limpiado una pistola que guardaba en la mesilla de noche, y luego había ido al Banco a sacar una considerable cantidad de dinero de su cuenta corriente. Fue la noche eterna de doña Aurora y la última de Hildegart. El temprano amanecer veraniego oyó el repique campanillero del despertador de Hildegart y, por la sucesión de señales auditivas, pudo seguir los pasos rápidos y las tareas de higiene que realizaba la chica para reanudar sus interminables trabajos de erudición. Desde las primeras horas del día, en las frescas mañanas, Hildegart se subía al ático, acondicionado para escribir a máquina al aire libre.

Doña Aurora esperó a que Hildegart empezara a darle a las teclas, y entonces saltó del lecho e hizo su tocado igual que todos los días. Su



El juicio contra doña Aurora Rodríguez comenzó el 24 de mayo de 1934 y se extendió a lo largo de tres días. Las imágenes adjuntas contienen la declaración de la procesada —al fondo, tras un guardia civil— y el retrato de dos testigos en la causa, don Vicente Lalau y el doctor Orive.

primera obligación consistía en ir a ver los perros y darles comida. Dejó a los perros dispuestos para salir y llevarlos a su diario paseo, y volvió a su dormitorio en el último acto de la tragedia. Cogió la pistola, ya preparada, la colocó en su bolso de mano y se dirigió al ático. Hildegart trabajaba sentada de espaldas a la puerta, y no se volvió al oír los pasos de su madre, creyendo que en su orden rutinario vendría a regar las plantas. Doña Aurora se le acercó, sacó la pistola, la apoyó en el cráneo de Hildegart y le destrozó los sesos con tres disparos seguidos. Muerta en el acto, Hildegart se desplomó al suelo sin proferir un grito. Doña Aurora modificó su posición para tomar nueva puntería y, enfilando el blanco, alojó otras dos balas en el corazón de la víctima.

Guardó la pistola en el bolso y volvió al lado de los perros, dejando abiertas todas las puertas. Cogió la correa que servía de guía a los animales y salió con ellos a la escalera, cerrando tras de sí la puerta de su piso. Nada turbaba la paz del rellano. Salió a la calle conduciendo a sus perros en trailla y fueron a la casa de la señora que le prestaba servicios de lavandera. Doña Aurora le dijo que iba con mucha prisa a un asunto urgente y le entregó una fuerte suma de dinero para que cuidara de los perros, despidiéndose con la promesa de que pronto tendría noticias suyas. Desde allí se marchó al despacho del letrado señor Botella Asensi, diputado del partido federal, le explicó lo que había hecho y juntos se marcharon al Juzgado de Guardia, donde entregó la pistola y las lla-

ves de la casa. La pobre Hildegart fue llevada al depósito judicial de cadáveres, y estuvo sola en su enterramiento, sin una lágrima ni una flor.

Doña Aurora fue condenada a cadena perpetua e inspiró siempre el horror de las madres desalmadas. En presidio las demás reclusas le mostraron su reprobación, pero la indomable altivez de doña Aurora no se amilanó. Ante una actitud levantisca, salió al frente con las manos crispadas y les dijo sin miedo: «¡Ah! ¿con que queréis pelea, mis canijas siétemesinas? Pues mirad estas uñas mías, que me vengarán de la primera que me insulte. Son uñas de pantera, y no creáis que se van a contentar con arañar: son para sacaros los ojos, así como sueña, para arrancarle los ojos a la maja que sea.»

A los tres años de su prisión, el 18 de julio de 1936, derrotado en Madrid el levantamiento contra la República, las masas del pueblo abrieron las puertas de la cárcel y doña Aurora se vio libre en la calle, se perdió entre las multitudes y nunca más se supo nada de ella.

EL SUEÑO DEL PODER, EL SUEÑO DE LA MUERTE

Pese a que la acción sangrienta de doña Aurora representó un acto de extremo individualismo, en el mundo hay muchas gentes como ella, intoxicadas por el bacilo del Poder, aunque pocas pasan a la Historia, incapaces de dar la talla de un cinismo tan frío como la muerte. El



Uno de los testigos escuchados con más atención en el juicio contra la madre de Hildegart fue doña Julia Sanz —aquí, en el centro, rodeada por otras personas llamadas a declarar—, quien prestó sus servicios durante varios años en la casa de las dos mujeres.

EL JURADO DICTA VEREDICTO DE CULPABILIDAD CONTRA LA MADRE DE LA SEÑORITA HILDEGART Y DECLARA QUE NO ES UNA ANORMAL

LA SALA DICTA SENTENCIA CONDENANDO A LA PARRICIDA A VEINTISEIS AÑOS, OCHO MESES Y UN DÍA DE RECLUSIÓN

La última fase de este inquietante proceso ha sido pródice en incidentes.

La cuarta sesión del juicio oral, la posterior, ha comenzado con la reanudación del informe del abogado defensor don Marino López Lucas, que estaba en

El veredicto consta de cuatro preguntas, y en él se declara que doña Aurora Rodríguez mató a su hija cuando estaba dormida y después de premeditar su crimen. La respuesta a la cuarta pregunta es negativa. En ella se declara que la

El Jurado declara que le parece excesiva la pena.

Después del juicio oral

Terminado el juicio se acercan a la

Veintiseis años, ocho meses y un día de reclusión fue la sentencia dictada contra doña Aurora Rodríguez, una vez que el Jurado no aceptó la tesis de «anormalidad mental» propuesta por la defensa. Al abrirse las puertas de la cárcel el 18 de julio de 1936, la madre de Hildegart se vio libre sin que nunca se volviera a saber nada de ella.

Tirano, de personas o de colectividades, sublima su YO, y en él opera de modo específico la ambición hiperbólica del Poder y el Mando, con su sentido estricto de ideal superlativo de amor con la Muerte. Cuando llega la hora en que el aguante y capacidad de la víctima queda impotente en la fantástica tarea de divinizar a una persona mortal, igual que en el festín de Baltasar aparecen en los muros las palabras «Manes, Tecel, Fares»; los prados del triunfo se convierten en camposantos y revelan su pacto final con la muerte.

El emperador Nerón asesinó a su madre abriéndole el vientre de parte a parte, y así ver «in situ» el lugar exacto en que le concibieron. Pero hay que aclarar que Nerón no sacrificó a ninguna paloma inocente, ya que en circunstancias más propicias a su ventaja la madre también hubiera asesinado a su hijo con igual talante y desenfado.

Más a mano tenemos el nombre de Mussolini, que se revolvió contra su propio nombre, y en la demencia de su YO sagrado hizo fusilar a sangre fría a su yerno en conde Ciano, padre de los hijos de su hija; y más tarde, en el acoso de su muerte, atrajo hasta el lugar del sacrificio a la amante que ocupaba en su vida el lugar debido a la esposa desdeñada.

Otra lívida personalidad despótica, Adolf Hitler, tuvo primero un pecado de incesto con su sobrina Geli Raubal, que pereció en un supuesto suicidio por amor. Luego conoció a una de las seis bellísimas hermanas Mitford, de Inglaterra, la esbelta Unity, de impecable tipo ario, nacida para heroína de alguna epopeya, y que murió también por suicidio. Después conoció a otra hermosa rubia llamada en las esferas de sus dignatarios «la Pompadour de Goebbels». Estaba divorciada y tenía dos hijos de su anterior matrimonio, y podía llevar una

vida de lujo gracias a los 4.000 marcos mensuales que le pasaba su ex marido, el cervecero Herbert Quandt. Hitler llevó a Magda Quandt a la Opera y luego a su casa. Testigos presenciales le oyeron entregarse a un soliloquio, gesto escénico que amaba representar para sublimar sus pretendidas cuitas con la prosopopeya de los clásicos héroes del Rhin: «Creía que ya no tenía sentimientos humanos... Creía que los había dejado enterrados en la tumba de Geli, y hoy...»

Entonces, semejante a un dios que se ve titubeante en una espiral de indecisiones, Hitler dispuso que Magda se casara con Goebbels, ya que no iba a ser él quien contrajera nupcias con una mujer que había sido concubina de un subordinado; y toda la comedia se quedó en casa. Sitiados por las tropas rusas en los sótanos del «bunker» de Berlín, Magda se negó a marcharse y ponerse a salvo, porque los seis hijos que tuvo después de su matrimonio con Goebbels los tenía Hitler bajo su custodia directa, y no permitió que los sacaran del «bunker». Un médico le puso a cada uno de los seis hijos de Magda una inyección de estricnina y los niños perecieron en un acto de aberrante inmolación. Goebbels mató a tiros a Magda y después se suicidó él de la misma forma. El último amor ostensible de Hitler se cifró en la ex actriz Eva Braun. Meses antes de la macabra apoteosis de los monstruos atrapados en la ratonera del «bunker», Hitler había hecho ejecutar al propio hermano de Eva Braun, por hacer objeciones públicas a su insensata política. Al final, Hitler y Eva se casaron en la cripta acorazada, para suicidarse más tarde con ácido prúsico, dejando ordenado que fueran incinerados sus cadáveres. Doña Aurora Rodríguez no está sola en el infierno de su maldad. ■ G. C. M.